2.ª Época :-: Número 1. Enero 1940 (Año de la Victoria)

EL SEMBRADOR

HOJA PARA EL FOMENTO DE VOCACIONES ECLESIÁSTICAS ENTRE LOS NIÑOS

Redacción y Administración: SEMINARIO CONCILIAR :-: BARCELONA

PRESENTACION

Querido niño: El Seminario Conciliar de Barcelona, que tanto te quiere, empieza de nuevo la publicación de EL SEMBRADOR, que ya antes tanto te gustaba, y del cual tú en adelante serás entusiasta lector y propagandista.

EL SEMBRADOR te viene a hablar del Seminario, de seminaristas, de sacerdocio... Te dará a conocer lo hermoso y alegre que es amar mucho a Jesús, cómo Jesús te ama, y cómo es necesario que haya muchos sacerdotes para que en todo el mundo se adore a Dios, se salven todas las almas...

Y tú, niño bueno, niño que sabes rezar, niño del catecismo, que asistes todos los domingos a la Santa Misa, que comulgas frecuentemente, que miras con todo el respeto a los sacerdotes, le pedirás a Jesús que haya muchos sacerdotes, que los sacerdotes sean santos, que el Señor bendiga al Seminario y haga santos a los seminaristas.



EL SEMBRADOR siempre te hablará de cosas buenas. Después de leerlo sentirás ansias de ser mejor, de amar más a Jesús, de honrar mejor a la Virgen, de ser más devoto, más obediente, más bueno... Porque EL SEMBRADOR es Jesús. Por eso ves la imagen de Jesús en la primera página. Jesús y EL SEMBRADOR son una misma cosa, de tal manera que, besando la imagen de Jesús, besarás siempre EL SEMBRADOR.

¿Y sabes qué quiere Jesús?... Jesús quiere niños buenos, limpios, inocentes, para que sean sacerdotes, o a lo menos para que recen por los sacerdotes y los seminaristas.

Para esto, de nuevo te viene a ver EL SEMBRADOR. Léelo y hazlo leer. Las cosas buenas propágalas siempre, y EL SEMBRADOR es una cosa buena, porque es la voz de Jesús, porque te habla de salvar almas, y de ser bueno, y de sacerdotes y de seminaristas.

Jesús a los niños buenos les dice: «Sígueme».

Si te lo ha dicho a tí, ¿qué haces?

EL SEMBRADOR te dirá lo que debes hacer.

¡¡LEELO!!

EL BESO DE JESUS

Una piadosa madre tenía la costumbre de dar un besito a su chiquitín después de haber comulgado.

—Toma, le decía la madre—éste beso me lo ha dado Jesús para tí.

Pasó algún tiempo. El chiquitín ya hablaba. Un día, al darle su madre el beso de Jesús, el niño se colgó del cuello de su madre y le dió un beso muy sonoro, y le dijo:

—Mamá, este beso es para Jesús.

Este simpático niño no sólo siguió dando besos a Jesús, sino que también le dió su corazón. Ahora es sacerdote.

La Santa Misa



EVANGELIO

El Santo Evangelio es la palabra de Dios. El sacerdote se siente indigno de pronunciarla, por eso se detiene en medio del altar con la cabeza inclinada y dice:

Oh Dios todopoderoso, purificad de tal modo mi corazón y mis labios, que pueda anunciar dignamente vuestro Evangelio. Por Jesucristo Nuestro Señor. Así sea.

Después pasa al lado del Evangelio donde el monaguillo ha colocado ya el misal.

El sacerdote da comienzo diciendo: «El Señor sea con vosotros». Como si dijera: ¡Atención todos!, que voy a leer el Santo Evangelio, la palabra de Dios. Hace luego la señal de la Cruz sobre el libro y sobre la frente, boca y pecho, pidiendo por medio de la Santa Cruz, que el Evangelio esté siempre en su corazón y en sus labios y que su frente no se avergüence de la divina palabra.

Junta las manos, sin apoyarlas en el libro, en señal de respeto hacia aquel tesoro y lee el Evangelio propio del día.

Al terminar, el monaguillo responde: «Alabanza a tí, Cristo» y el sacerdote besa devotamente el Evangelio diciendo: «Sean perdonados nuestros pecados, por las palabras del Santo Evangelio que he leído». Todos los fieles han de oír el Santo Evangelio de pie, como dispuestos a seguir todas sus enseñanzas.

La historia nos cuenta que durante su lectura, los reyes y emperadores se quitaban sus coronas, desenvainaban la espada y la blandían para significar que estaban dispuestos a defender la causa del Evangelio a costa de su sangre.

Santa Cecilia llevaba siempre el Santo Evangelio sobre su corazón para significar que amaba a Cristo, que vivía por Cristo, que trabajaba por Cristo y por Cristo murió gozosa, derramando toda su sangre.

La promesa de Antoñito

Le conocí cuando apenas contaba los seis años y ya entonces su cariño hacia Jesús se manifestaba en todo su ser.

El día en que los niños de su escuela hicieron la Primera Comunión, sus ojos grandes y expresivos, se bañaron en abundantes lágrimas, porque quería también él recibir a Jesús Sacramentado, como los otros niños, y al Sr. Cura le parecía conveniente lo dejara para otro año. Esta era la causa de su desconsuelo.

Su buena madre, cuando se enteró de lo ocurrido, le abrazó muy fuertemente y, dándole un beso, le dijo al oído, consolándole: El año que viene, cuando seas mayorcito, recibirás a Jesús.

Pero nuestro Antoñito no se mostraba del todo conforme; quería recibirle pronto, muy pronto, para confiarle su gran secreto y promesa; con todo Antoñito tuvo que conformarse y esperar un año más.

Pasó éste, como pasan todos, aunque a veces a Antoñito le parecía que corría poco el tiempo y le llegó el tan suspirado día de poder recibir a Jesús por primera vez y poderle confiar el secreto que tenía guardado en el fondo de su corazón.

¿Sabéis qué secreto era? *«Jesús, le dijo cuando hubo comulgado, desde hoy quiero ser tu mejor amiguito, haciéndome sacerdote».*

Pasaron dos, hasta tres años y hoy Antoñito, aquel niño de ojos expresivos y dulce sonrisa, viste una sotana con fajín colorado y gracioso sombrero.

¡Es un curina la mar de encantador!.

Vive contentísimo en el Seminario, siendo uno de los niños mimados de Jesús.

F. E.

Historias que parecen cuentos

CINCO HERMANOS.

No ha mucho, en una iglesia del norte de Francia, celebraban la Sta. Misa cinco hermanos sacerdotes.

Sus padres tuvieron la dicha de asistir a la Santa Misa de sus cinco hijos.

Después de tan hermoso acto, la madre comentaba el hecho con estas palabras:

«Viéndoos en el altar, me imaginaba que Jesús era también mi hijo»

POR DIOS TODO DEBE SACRIFICARSE

Siendo estudiante Merry del Val, cuando ya sentía en su corazón la vocación al sacerdocio, seguía con su apasionamiento a toda clase de sport, en todos los cuales era notable. Porque él era buen nadador, excelente tirador de fusil, uno de los mejores aficionados a la esgrima, un portento como jinete. Y cuando se dedicaba a estos recreos lo hacía con indecible entusiasmo.

Hablando con él su padre sobre su vocación, le preguntó cierto día: Pero ¿cómo vas a llegar a ser sacerdote si estás tan apasionado de los deportes, de los juegos, de la equitación?

El joven, de voluntad férrea y disciplinada, también en la práctica de las virtudes necesaria al sagrado ministerio, respondió enseguida: Por Dios se debe y se puede sacrificar todo.

Respuesta magnífica sellada con la vida entera de quien llegó a ser sacerdote, Cardenal y secretario de Estado de Pío X.



YA TIENE NOMBRE

Alegría, zagales,
valles y montes,
que el zagal de María
ya tiene nombre.

Corred, arroyuelos,
cándida leche,
los corderos retocen,
canten las fuentes
y las aves alegres
en sus canciones,
que el zagal de MARIA
ya tiene nombre.

LOPE DE VEGA

El Corderito Gris

(LEYENDA)

Hace mucho, mucho tiempo, había un rebaño de hermosos corderos, blancos todos excepto uno que era gris.

El corderito deseaba ardientemente ser blanco. Y preguntó al viento:

—¿Puedes volverme blanco?

—No, corderito gris.

—Preguntó a la tierra:

—¿Puedes volverme blanco?

—No corderito gris.

Hizo la misma pregunta a las nubes. Les rogó que hicieran llover para limpiarle de su color, pero después de la tormenta quedó tan gris como antes.

Una noche, mientras los pastores daban su ganado, brilló en el cielo una estrella maravillosa. Se oyeron voces de ángel que sonaban como una música dulcísima. Los pastores se levantaron y fueron a Belén, donde el Niño Jesús yacía en un pesebre. Después de adorarle, volvieron al campo a cuidar de los corderos.

Los pastores estaban asombrados. Hablaban, hablaban del Niño Jesús. El corderito gris les oyó y le entraron ganas de ir a ver al portentoso Infante.

Un día, estando el rebaño cerca de la población, aparecieron tres hombres sabios, montados en camellos. El corderito gris les siguió y ellos le condujeron hasta donde yacía el Niño Jesús.

Hincándose de rodillas, los hombres sabios ofrecieron presentes de oro, joyas, incienso y mirra, pero el Niño Jesús extendió su mano al corderito gris, que miraba desde la puerta. El corderito no pudo resistir aquella llamada, su corazón se encendió en amor, y corrió hacia la Madre del Infante, olvidándose de sí y de cuán indigno er .

El Niño Jesús no tocó las joyas, pero acarició la cabecita del corderito gris. Hizo la señal de la cruz..... y ¡oh prodigio! el corderito gris se tornó tan blanco como la nieve.

Las almas de los que con fervor se acercan a recibir a Jesús Niño, en la Sagrada Comunión, se [illegible] n blancas y hermosas por el contacto de Jesús como el corderito gris.

PEPIN

Así llaman todos a un niño simpático y revoltoso como el que más, que no cuenta arriba de cinco años. Su juego favorito consiste en montar sobre su caballo... de palo y, con la espada desenvainada en su mano derecha, corre calle arriba y calle abajo capitaneando a otros niños de su edad.

Pero también tiene Pepín sus ratitos de formalidad. Entonces da gusto escuchar sus razonamientos. Hace pocos días dialogaba así con su madre:

—Mamá; ¿por qué hace ya tanto tiempo que no vamos a Misa?

—Porque no la hay, hijo mío.

—¿Y por qué no la hay, mamá?

—Porque los rojos mataron muchísimos sacerdotes, y los pocos que han quedado no pueden ir a todos los pueblos.

—¿Y cuando habrá muchos?

—Pues mira: cuando haya muchos niños buenos. A los niños buenos los invita el Niño Jesús para que sean sacerdotes, que es la dignidad más grande de la tierra.

—¿Más que Capitán y más que General y más que Rey?

—Más que todo eso, hijo mío.

—Pues escucha, mamá: yo quiero ser bueno, y cuando sea mayor, seré sacerdote.

Las últimas palabras de Pepín fueron comentadas con un prolongado beso lleno de ternura maternal.

S. P.



UN SEMINARISTA MÁRTIR

Era en Vich a primeros de agosto de 1936. Los rojos, después de destruir la Catedral y los sepulcros del P. Claret y de Balmes, se dirigieron al Santuario de la Virgen de la Gleva, Patrona de la comarca, con el fin de destruirlo.

Llegaron a la santa capilla, rociaron con gasolina la venerada imagen juntamente con los demás altares, bancos y muebles del santuario y, formando una inmensa pila, le prendieron fuego.

Saltando y brincando de rabiosa alegría, salían ya los esbirros de la iglesia, cuando se percataron de la presencia de un muchacho de unos quince años, que lloraba amargamente detrás de un árbol.

¡Oye camarada! ¿Qué es lo que te pasa? *preguntó con malos modos al niño el que parecía ser el jerifalte de aquella satánica cuadrilla.*

¡Nada! *contestó el muchacho con voz apagada.*

Pues, ¿por qué lloras tanto?

¡Debe ser algún frailero! *interrumpió otro de los desvergonzados, riendo a carcajada limpia.*

El niño, que a las primeras palabras habíase quedado más pálido que la cera, al oír las carcajadas, sacó fuerzas de flaqueza y, movido de un santo heroísmo, contestó:

¡Sí! ¡Lloro porpue respeto y amo lo que habéis quemado! ¡Soy seminarista de Vich!

¡Ja, Ja, Ja! ¡Cómo se explica el rapaz! Se ve que te enseñaron bien tus maestros, pero de nada servirá. Ya verás como pronto desaparecerán de tí esas ideas.

Y así diciendo, le cogieron entre dos, le ataron, le subieron a un camión y se lo llevaron a un bosque que distaba del santuario unos quince kilómetros.

Llegados allí el jefe rojo le increspó: ¡Maldice de Cristo!

¡No! *contestó el muchacho;* ¡es mi Padre y mi Maestro!

¡Pam! ¡toma! *y le dió un fuerte puñetazo que le hizo saltar algunos dientes.*

¡Maldice de Cristo! ¡animal! *vociferó otro.*

¡No! ¡que es mi Padre y mi Maestro! *Y por contestación recibió un culatazo en la cabeza que le hizo caer en tierra sin sentido.*



¡Maldice de Cristo! *le repitieron indignados de su extraña valentía.*

¡Nunca! ¡es mi Padre y mi Maestro! ¡si queréis, matadme, pero yo no lo haré!

Todavía no había terminado de decirlo cuando una fuerte descarga de fusil acabó con el héroe seminarista.

Se llamaba Angel Félix y estudiaba 4.º año de latín, en el Seminario de Vich. Encomendémosnos a sus oraciones, él que sin duda estará ahora en el cielo, y pidámosle ser perseverantes en nuestra fe y en nuestra vocación al sacerdocio.

J. A.

El mayor honor que puede hacer Dios a una familia cristiana es elegir alguno de sus hijos para el sacerdocio.

¿Quieres hacer bien a la Iglesia y a la Patria? Procura que tengan muchos sacerdotes santos.

Propaga para ello "EL SEMBRADOR"



Es natural...

A la puerta del Pilar se encuentran dos compaisanos al salir de la Misa solemne.

—Chiquio, ¿qué ta pareciu la Misa?

—Rediez, el cura de mi pueblo se las apaña mejor; solico sale al altar, y tris, tris, tris, tras, en media horica ya acabau. Aquí ya has visto, han teniu que salir tres y han tardau una horica, y aún han tenío que sentarse.



PREGUNTÉ A UN NIÑO:

—¿Café es género masculino?

Y el niño respondió con toda ingenuidad.

—No, señor, café es género ultramarino.

ENTRE NIÑOS

—Mi papá, cuando trabaja, deja a todo el mundo con la boca abierta.

—¿Y qué hace tu papá?

—Es dentista.

Un poco de D. José

El doctor Rodríguez invita a comer a un cliente suyo llamado de nombre D. José y de apodo "Lechuga".

Antes de sentarse a comer, la mamá le dice a Rafaelito, niño de nueve años:

—Ya que a ese señor, que hoy come con nosotros le llaman de mote "Lechuga", cuidadito que esa palabra la pronuncies, pues eso es de niños de mala educación.

—Bueno, mamá, no lo diré-repuso Rafaelito.

Después de servir la sopa, le tocó el turno al cocido, acompañando a éste la lechuga. Después de haber servido a todos doña Antonia, le tocó a Rafaelito y, viendo éste que no le habían echado ensalada, exclama, señalando la fuente que la contenía:

—Mamá.

—¿Qué? repuso doña Antonia.

—Echame un poco de D. José.